

LÉXICO DE BIOPOLÍTICA

Por Ottavio Marzocca.

INTRODUCCIÓN¹

Hace falta, sin duda, una cierta falta de pudor para pretender hacer un «balance» de la biopolítica, más aún si es a través de un *Léxico*. Sin embargo, son variadas las razones por las que se puede, se debe quizás, intentar una empresa de este género, a condición de que semejante intento sea propuesto como una pretensión que tendría ella misma por fin ponerse en cuestión. Entre esas razones hay una, elemental, que prevalece entre todas: hacer un «balance» de la biopolítica no significa necesariamente creer que se puede ofrecer al lector un vade-mecum preciso y exhaustivo que le permita «establecer» con total seguridad todos los sentidos y todos los aspectos de temática. Es evidente que esta sería una pretensión bastante ingenua frente a un panorama como el que podemos percibir a través de la lectura de diferentes palabras pues, desde hace más de una década, la biopolítica es un terreno de reflexión y de discusión sobre nuestra época tan explorado que resulta banal, incluso contra productivo, todo esfuerzo tendiente a reconducir sus especificidades en una dirección única. Esto no solamente porque toda discusión sobre un concepto puede producir las interpretaciones más diversas sino también porque el interés creciente por el tema en cuestión parece ir unido con la re elaboración, la actualización, la multiplicación de sus acepciones. Ante tan fuertes razones, es evidente entonces que la cantidad y el tipo de entradas, de pistas de investigación y de posicionamientos presentes aquí no responden en lo absoluto a un deseo de exhaustividad enciclopédica o a una interpretación auténtica de los diferentes aspectos y sentidos de la biopolítica sino ante todo a una voluntad de testimoniar la fecundidad del tema y la vivacidad del debate referente a ella, apuntando, al mismo tiempo, a proponer problemáticas y enfoques considerados más importantes que otros.

El proyecto de este *Léxico* nació de la convergencia en la biopolítica de trayectorias investigativas - las de los responsables del proyecto en primer lugar -, que, en su mayoría, han madurado independientemente las unos de los otros, en relación con el reciente cambio de época (década de 1990), marcado por la caída del socialismo real, la crisis del Estado-nación, el advenimiento de la mundialización telemática y económica y otros eventos análogos que permiten en su conjunto definir el aire de los tiempos. Estos «giros» parecen, en efecto, contener la explicación tanto de lo que los habría causado como aquello que los ha seguido. Parece confirmar, acentuando y a veces acelerando, ciertas tendencias que, desde hace décadas, han sido percibidas o preconizadas a través de perspectivas de «sociedad post industrial», de la «condición posmoderna», de la «desmaterialización» de las actividades económicas y de las relaciones sociales y políticas: por una parte, la bancarrota o la crisis de la soberanía del Estado -socialista o no- y, de la otra, el desarrollo vertiginoso de la comunicación y de los flujos económicos planetarios parecen marcar el fin de los procesos detonados, desde hace al menos treinta años, por el fin de la centralidad del trabajo manual y de la gran fábrica, por la multinacionalización financiera de la economía, por el desgastamiento de las formulas y los movimientos políticos más ligados a la materialidad de las condiciones sociales. ¿Entonces por qué esta emergencia -o reemergencia- inesperada de una idea de la política y del poder referente a la *vida*? ¿Las tendencias fundamentales de las

¹ Este texto ha sido publicado como *Introduction* de: R. Brandimarte, P. Chiantera-Stutte, P. Di Vittorio, O. Marzocca, O. Romano, A. Russo, A. Simone (bajo la dirección de), *Lexique de biopolitique. Les pouvoirs sur la vie*, traducido del italiano por Pascale Janot, Érès, Toulouse 2009, pp. 7-18 [Título original : *Lessico di biopolitica*, Manifestolibri, Roma 2006].

transformaciones en curso no inducen a pensar que, en la comprensión de nuestro tiempo, puede hacerse abstracción justamente de aquello que concierne a la «viscosidad» de la vida concreta? ¿No se ha «dejado en claro» desde hace tiempo que los sistemas sociopolíticos, al menos los más avanzados, funcionan y se reproducen por autopoiesis comunicativa, resistiendo así los peligros del mar de complejidades sobre los que navegan?

En realidad, las cosas son bastante diferentes. Los sistemas modernos de poder, en particular, han hecho agua por todas partes y sin embargo funcionan - admitiendo que funcionen- sobre todo cuando han logrado tomar presa a la vida. Esto es lo que puede suponerse si se tiene la paciencia, en primer lugar, de volver a un autor como Michel Foucault, como lo hicieron numerosos autores de este *Léxico* desde hace al menos una década, es decir, desde la época en que el filósofo francés podía pasar aún por uno de los autores más intempestivos, puesto que antes se usó y abusó de él al punto de banalizarlo como cripto-estructuralista o metafísico del poder. Tampoco nos referiremos aquí a ningún Foucault de segunda mano, sino a aquel que, para reaccionar a los fáciles malentendidos de los que fue víctima, se sumergió, a lo largo de los años 1970, en un trabajo profundo de genealogía del vínculo entre poderes y saberes y de las formas de gobierno de los hombres. Se trata de un Foucault que ha hoy se ha vuelto más fácil de aprehender y de relacionar con sus recorridos más conocidos, desde que algunos Cursos inéditos mantenidos en el Collège de France fueron recientemente publicados. Es entre estos últimos que figuran, en efecto, los materiales más consistentes y útiles para comprender por qué el carácter biopolítico de las relaciones, los discursos y las prácticas de poder de la modernidad es tan importante. Basta ver las conclusiones a las cuales llegó en algunos Cursos sobre el poder normalizador del saber-poder médico (*Le pouvoir psychiatrique; Los Anormales*) o medir la importancia histórico-política que, en otros Cursos, le dio a las formas modernas de gobierno de la vida de las poblaciones y los individuos (*Seguridad, Territorio, Población; Nacimiento de la Biopolítica*). Pero, en la década de 1990 -en el momento donde fueron iniciados la mayoría de los recorridos que convergen en este *Léxico*- hacía falta ser capaz de tomar los trazos biopolíticos, ya consistentes pero aún dispersos, que el filósofo había diseminado, justamente, en la más discutida de sus obras sobre la sexualidad (*La voluntad de saber*), en su Curso, publicado antes que los otros, sobre los razas y sobre el racismo (*Defender la Sociedad*) y en sus numerosos *Dits et Écrits*, reunidos y publicados en Francia en 1994.

Allí están las principales «herramientas» que animan a aquellos que saben aprehenderlas para analizar los eventos y los procesos actuales evitando dejarse llevar por la compulsión que tiende a catalogarlos como los resultados banales del *hundimiento*, de la *crisis* del estado *post* -o del advenimiento de una época. Naturalmente, este ejercicio es siempre posible, pero no siempre es decisivo. En todo caso, no cambia gran cosa el hecho de que se pueda considerar como cuestiones biopolíticas los problemas provocados por el estallido de los conflictos interétnicos de las ex Repúblicas socialistas, por la multiplicación, a escala planetaria, de las urgencias sanitarias, por la inquietud creciente con la que miramos los nuevos flujos migratorios, por la recurrente agravación de la cuestión ecológica, por el desarrollo imperioso de las biotecnologías, por la multiplicación de las políticas securitarias, por la imposición de una solicitud humanitaria tendiente a proteger militarmente las poblaciones desarmadas, que causa al mismo tiempo cantidades indefinidas de víctimas indefensas.

¿Se trata solamente de efectos, más o menos perversos, de los nuevos tiempos o bien se trata también de nuevos resultados del funcionamiento de mecanismos enraizados en nuestra historia? Aquí están, en definitiva, qué tipos de cuestionamiento han motivado el proyecto de este *Léxico* y han inspirado la elaboración de gran parte de los artículos que lo constituyen. En su conjunto, pretenden aportar instrumentos que permitan tanto reconstruir la proveniencia de las diferentes formas de biopolítica como comprender cómo estas últimas tienden a reproducirse, a reciclarse o bien a transformarse en otra cosa.

Para perseguir estos objetivos, hemos puesto uno al lado de otro a Foucault y otros numerosos autores, aquellos que continuamente han sido llamados a dialogar de manera crítica con él. No señalamos aquí -una vez no hace costumbre- sino a algunos, y dejamos al lector el cuidado de encontrarlos en los

textos, con todos los demás. Se trata de autores clásicos - pero no exclusivamente- yendo de Aristóteles a Marx, de Malthus a Beck, de Darwin a Lewontin, de Schmitt a Habermas, de Arendt a Negri, de Bateson a Deleuze, de Basaglia a Butler, de Luhmann a Castel, de Irigaray a Haraway, de Canguilhem a Agamben, de Baudrillard a Rifkin.

Las líneas temáticas alrededor de las cuales se desarrollan las diferentes contribuciones contenidas en este *Léxico* son, como se podrá constatar, extremadamente numerosas. Además, cada autor interpreta, inadvertentemente, desde su propia experiencia y desde su propia sensibilidad la profundización de los conceptos de los que se ocupa. De allí la imposibilidad de proponer alguna grilla de lectura global que codificaría los recorridos y trazaría las perspectivas. Sin embargo, podemos al menos señalar algunos de los lazos entre temas y problemas que, en la definición del proyecto, nos parecieron relevantes y a los que hemos tratado de darles cuerpo a través de la elección misma de las entradas².

Entre todas las primeras exigencias a las que hubiéramos querido responder, está seguramente aquella que consistente en hacer emerger la especificidad de la **BIOPOLÍTICA** en tanto que forma de gobierno de los hombres distinta de las expresiones canónicas del poder soberano. Ella se presenta ante todo como un conjunto de estrategias que, persiguiendo el bien colectivo, subsanan, a partir del siglo XVIII, las carencias que la soberanía jurídico-territorial presenta sobre este punto, dando lugar a una de las líneas matrices de desarrollo de la **GUBERNAMENTALIDAD** moderna. En este proceso, el gobierno de la vida de los hombres, justamente, adquiere una posición central: es practicada en general a través de formas de individualización y de totalización del ejercicio del poder, recuperando esa capacidad de «cuidar» de cada uno, típica del **PODER PASTORAL** ejercido tradicionalmente por las autoridades religiosas cristianas. Es así que la biopolítica, en sus fases históricas iniciales, usa sistemas de gobierno individual y general, como las **DISCIPLINAS** y la **POLICÍA**, a través de las cuales interviene sobre la vida de los cuerpos-organismos y del cuerpo-especie, desarrollando una gestión global de los fenómenos biológicos, demográficos y económicos concernientes a la **POBLACIÓN**.

Apoderándose del campo de las necesidades y de los ciclos naturales que, en la Antigüedad grecorromana, permanece generalmente al margen de la esfera pública, la biopolítica se distingue radicalmente de las formas clásicas de política. Da así un impulso decisivo a la transformación de esta última en **OIKONOMIA** política o, dicho de otra manera, al desbordamiento del cuadro privado del hogar (*oikos*) de las actividades de conservación de la vida que tradicionalmente se desarrollan allí. El concepto moderno de **CIUDADANÍA** se define en estrecha relación con la garantía de parte del estado de proteger la vida de los individuos que constituyen el cuerpo colectivo. La biopolítica parece entonces comprometer definitivamente la posibilidad de concebir la política como una forma de «vida calificada» (*bíos*) en la cual el ciudadano no actúan para conquistar sino para realizar su libertad respecto a los condicionamientos de la «vida natural» (*zôé*), a la que ya ha accedido en la esfera privada y prepolítica de la reproducción de sus recursos vitales.

Uno de los temas de reflexión filosófica más importantes alrededor de la biopolítica consiste entonces en la cuestión de la aplicabilidad al contexto de la sociedad moderno de la distinción clásica **ZÔÉ/BÍOS**. Lo que es seguro es que, en nuestra sociedad, la actividad oikonomía del trabajo, teniendo originalmente como finalidad la satisfacción de las necesidades naturales, ha adquirido una posición de privilegio absoluto y tiende a asimilar toda otra actividad en su irrefrenable expansión, según una lógica comparable a la de la incesante ciclicidad de los procesos biológicos. Además, con la idea que se impone más y más de **DESARROLLO** en tanto que proceso de crecimiento indefinido de las capacidades productivas de la sociedad, el trabajo modifica continuamente sus finalidades y multiplica sus campos materiales e inmateriales, haciendo así

² Para que este esfuerzo sea también visualmente eficaz, de aquí en adelante los términos que se corresponden con entradas del *Léxico*, cuando son utilizados por primera vez, están escritos en mayúsculas

irreconocible la diferencia **TRABAJO/NO-TRABAJO**. Es por estas mismas razones que surge de una cierta cantidad de artículos la exigencia más o menos explícita de religar la crítica de biopolítica y la contestación del biopoder a una problematización de la hegemonía de la forma de trabajo ejercida sobre las esferas «naturales» y «artificiales», individuales y colectivas, de la existencia, de la ética y de la política.

El carácter biomédico de los saberes y las prácticas, indicativo, al parecer, en gran parte, de la especificidad del biopoder, constituye otro eje fundamental de las investigaciones presentadas en este *Léxico*. Si, en la modernidad, la vida se ha transformado en objeto del poder de manera no genérica y con más fuerza que en otras épocas, es debido sobre todo al avance a las relaciones que se crean entre las nuevas exigencias políticas, los cambios que aparecen en los saberes y las prácticas médicas y los desbloqueos epistemológicos que operan en el campo de las ciencias biológicas. Es así que podemos hablar de una centralidad inevitable de los procesos de **MEDECALIZACIÓN**, que han tocado progresivamente todo un conjunto de problemas tanto en la esfera individual como en la colectiva. Por una parte, estos procesos han hecho evolucionar la socialización de la medicina, imponiendo el problema de la **SALUD PÚBLICA** como algo ineluctable; por otra parte, han iniciado una tendencia a la **NORMALIZACIÓN** de los comportamientos y de las formas de vida a través de la aplicación corriente de la distinción **ANORMAL/PATOLÓGICO** y quizás también a través de la adopción de la idea de **MONSTRUO** como modelo general de las desviaciones.

Desde este punto de vista, la **PSIQUIATRÍA** representa una forma emblemática del biopoder, en la medida en que la medicalización de la locura crea las condiciones para conjugar diagnóstico y exclusión, terapia y coerción, aspiración a la salud y estigmatización de la anomalía. Además, la psiquiatría hizo emerger perfectamente la tendencia a transformar la diversidad en peligro y a proyectar el problema del cuidado en el horizonte, más vasto, de la prevención generalizada y de la **DEFENSA SOCIAL** contra las tendencias criminógenas y los factores de **DEGENERACIÓN**. Pero, en este terreno, la contribución que los saberes estrictamente biológicos han aportado a la promoción de las políticas resueltamente orientadas hacia el **RACISMO** y la **EUGENESIA**, con vistas a fines biopolíticos de defensa y de reforzamiento del cuerpo colectivo, incluidos los instrumentos tánato-políticos, es aún más significativa.

Es sobre todo en relación a estos problemas que, en el *Léxico*, el análisis de las relaciones que el poder biopolítico de «hacer vivir» mantiene o restablece con la soberanía entendida como poder de «hacer morir» toma una importancia considerable, encontrando en el **TOTALITARISMO** las condiciones para instaurar un **ESTADO DE EXCEPCIÓN** permanente que, a través de la utilización de **CAMPOS**, puede volver sistemática la transformación del biopoder en tánato-poder, hasta el límite extremo del **GENOCIDIO**.

Evidentemente, si hemos querido insistir en los aspectos biopolíticos de los saberes medicobiológicos, no es, ciertamente, para tacharlos de infames. Nuestra tarea ha consistido más bien en poner al día, precisándolas un poco, algunas relaciones entre saber y poder que pueden siempre instaurarse en un campo donde la vida y la muerte, la salud y el sufrimiento, la libertad y la dependencia están continuamente en juego. Sin embargo, los vínculos de este tipo, entre discursos científicos y prácticas políticas, no deben ser buscados necesariamente entre los pliegues ocultos de la historia, pues no es extraño que sean abiertamente deseados o, por decirlo así, que deriven espontáneamente de concepciones teóricas más o menos inocentes. En este sentido, el caso del proyecto de una «eugenesia progresista», esbozado hace no mucho por el **HUMANISMO CIENTÍFICO**, es ejemplar; pero las implicaciones de la combinación entre teoría de la sociedad y evolucionismo biológico propuesto por la **SOCIOBIOLOGÍA** no son menos significativas.

Naturalmente, es precisamente porque semejantes teorizaciones son a menudo tan transparentes como estériles es que hemos decidido privilegiar, en el *Léxico*, las implicaciones biopolíticas de saberes más inmediatamente volcados hacia aplicaciones concretas. En definitiva, eso es lo que hemos buscado hacer a propósito de las investigaciones actuales sobre la materia viva, poniendo en

relación las cuestiones epistemológicas y las cuestiones jurídicas y económicas que marcan particularmente los desarrollos de las **BIOTECNOLOGÍAS** y la producción de **OGM**, o bien considerando, en relación a estos temas o a otros, los problemas que contribuyen a acrecentar la importancia de la **BIOÉTICA**. Esto permite, entre otras cosas, discutir las posibilidades efectivas que ofrece el tecno-optimismo de ciertas formas de expresión de eso que llamamos el **POSTHUMANISMO**, no solamente en cuanto a traspasar los límites del humanismo, sino igualmente en cuanto a la crítica de las formas actualizadas del biopoder. Así mismo, de algunos artículos emerge la necesidad de explorar las implicaciones biopolíticas en maneras mismas de abordar los problemas del **MEDIO** o de la **BIODIVERSIDAD**, particularmente a la luz de las tentaciones tecnocráticas que parecen exponer ciertas versiones del **ECOLOGISMO**. En cualquier caso, podemos quizás indicar al menos un criterio mínimo de evaluación de los efectos políticos de estos entrelazamientos de saberes y poderes, que veríamos, con un grado más o menos alto de atención, que garantizan a la multiplicidad de formas de vida y a la complejidad de sus contextos humanos y no humanos.

Cualquiera sea la importancia que se le atribuya a estas cuestiones, los diferentes recorridos del *Léxico* ponen de manifiesto que no podemos desatender a la crisis de las políticas del **WELFARE**, contexto en el que han tenido lugar la mayoría de las metamorfosis actuales de la biopolítica. Es, entonces, acerca de las formas neoliberales del biopoder que numerosas entradas llaman a desarrollar ulteriormente la investigación. De ahí, también, la necesidad de reconsiderar el rol que el liberalismo a jugado en la historia de la gubernamentalidad moderna, poniendo en cuestión la idea de que ha sido sustancialmente inmune a biopoder en la medida en que rechaza el Estatismo. Uno de los errores a evita, en efecto, es ligar estrechamente la suerte del biopoder a la del Estado. Es justamente la heterogeneidad de las principales fuentes de saber en las que se apoya, respectivamente, el biopoder (saber médico) y la soberanía del Estado (saber jurídico) que permite percibir las posibilidades que el primero tiene de franquear, de manera más o menos nítida, las políticas estadocéntricas. En cualquier caso, la vocación biopolítica del liberalismo parece fundarse sobre todo en una atención particular a la **SEGURIDAD** que, desde el principio, es resueltamente afirmada en las prácticas de gobierno. La gestión del problema del **RIESGO**, en particular, se vuelve rápidamente la otra cara de la promoción de las libertades y es en este marco que se desarrolla poco a poco una riquísima tecnología de gobierno biopolítico (sistemas de seguros, de previsión, de prevención, de vigilancia, de detención, etc.) de la cual sacan provecho, según orientaciones e intensidades diversas, el liberalismo, el *welfare state* y el neoliberalismo.

Es justamente en un escenario como el que se dibuja hoy, marcado por la crisis de la soberanía del Estado, que puede repararse en los efectos de las viejas y nuevas formas de esta lógica securitaria que se expresa no solamente en los campos estrictamente sanitarios (pensemos en la importancia creciente atribuida al «riesgo genético») sino también a nivel del tratamiento del problema de las **MIGRACIONES** por medio de instrumentos de detención administrativa, como el **CENTRO DE DETENCIÓN TEMPORAL**, a nivel del encarcelamiento arbitrario e ilimitado de «potenciales terroristas» en las estructuras de detención, como la de **GUANTANAMO**, a nivel del control de identidad y de la movilidad de personas a través de la **BIOMÉTRICA**, a nivel de la restricción general de derechos consolidados para combatir el **TERRORISMO**, a nivel de la función preventiva que se le atribuye actualmente a la **GUERRA**.

Relativizar el vínculo del biopoder con las políticas estadocéntricas es importante también por razones distintas a las que hemos recordado más arriba. El hecho de que la biopolítica pertenezca históricamente más a la esfera de la gubernamentalidad que a la de soberanía sirve, sobre todo, para comprender que la relación biopolítica entre estrategias de poder y **PRÁCTICAS DE RESISTENCIA** va más allá del espacio definido por las coordenadas jurídico-institucionales. El biopoder es una forma de **CONTROL SOCIAL** que descansa normalmente en un tipo de relaciones distintas a las de «soberano»/«sujetos» o Estado/ciudadanos.

Es también por eso que no se debe confundir con las tendencias negativas y las consecuencias tánato-políticas que pueden derivar de de allí. Las razones fundamentales de su «modernidad» residen precisamente en un acercamiento positivo a los fenómenos de la vida y es por esto que, en cierto sentido, su profundización analítica debe situarse siempre «más allá del bien y del mal», dicho de otra manera, debe dar por hecho que puede producir ambos. Evidentemente no se trata de atrincherarse tras una cínica aceptación de la ambivalencia de las cosas humanas sino, ante todo, de admitir que el poder -y con mayor razón aquel que se ejerce sobre y a través de la vida- constituye siempre un problema, aunque raramente sea irresoluble y no produzca necesariamente opresión. Desde este punto de vista, antes de preguntarse si, y cómo, la biopolítica se libera del biopoder o por qué ese poder de vida tiende a transformarse en poder de muerte, haría falta preguntarse qué transforma su fuerza en algo a lo que no es posible sustraerse.

Si, sobre la base del *Léxico*, se puede esbozar aquí una respuesta a tal pregunta, ella no puede no partir de la hipótesis de que esta fuerza se funda ante todo sobre todo en la implicación de los hombres en un juego de **SUJECCIÓN/SUBJETIVACIÓN**. Lo que quiere decir, de manera totalmente foucaultiana, que en el gobierno biopolítico de los hombres, la esfera de la vida es siempre interpelada al mismo tiempo que la esfera del *ethos*, en el sentido más amplio del término, es decir en el sentido ético y etológico. Es en ese entrelazamiento entre *zôé* y *ethos* (antes que entre *zôé* y *bíos*) que el aumento de las fuerzas vitales de los hombres, con todo lo beneficioso que este sea, puede transformarse más o menos abiertamente en limitación de su libertad. En pocas palabras, podemos considerar que el biopoder es siempre el fruto de una convergencia entre una imposición práctico-discursiva de una verdad sobre la vida y un condicionamiento de sus componentes.

En este sentido, las prácticas de **EMPODERAMIENTO** pueden, seguramente, ser vistas como estrategias biopolíticas por medio de las cuales se intenta convertir hoy a modelos éticos occidentales a las poblaciones que permanecen ajenas, partiendo por la redefinición de los problemas de la higiene personal, de la salud, de la pro creación, etc. Las estrategias neoliberales de valorización individual y colectiva del **CAPITAL HUMANO**, tanto en sus componentes psicológicos como en sus componentes biogenéticos, pueden ser consideradas de la misma manera. En fin, los fenómenos generalmente asociados a la idea de **BODYBUILDING** parecen remitir a una especie de biopolítica auto-gerenciada y difusa.

Por todas estas razones, la investigación en biopolítica no debe limitarse al campo de las relaciones entre saber y poder, debe también incluir aquellas estrategias políticas de liberación y prácticas éticas de libertad. Es la importancia de estas cuestiones políticas lo que vuelve necesaria, por ejemplo, una reflexión sobre la indocilidad de los **CUERPOS**, que buscan sustraerse a la naturalización de su condición, puesta en obra por los dispositivos de **SEXUALIDAD**. De una manera más general, se trata de comprender si una liberación -que la bondad de un biopoder puede procurar- basta para garantizar y devolver nuestra libertad efectiva o bien si las **DIFERENCIAS** en las que nos reconocemos o somos nos llevan a reconocernos deben de todas maneras ser el objeto de una lucha política y de una práctica ética que las constituya en **SINGULARIDADES**. En un recorrido semejante, podemos encontrarnos poniendo en práctica una simple **SECESIÓN** o experimentando relaciones con el mundo inspiradas en la **DURABILIDAD**. Pero lo peor a lo que podemos llegar, quizás, es terminar, en nuestra ignorancia, en la **TELEREALIDAD** de la competencia entre vidas obligadas a ser espontáneas y comportamientos libremente estereotipados.